

Desde Egipto: el realismo mágico de Alonso Luengo

Coincidiendo con la navidad de la iglesia copta, estuvimos hace poco en Egipto. Primero en el avión, y después a lo largo del Nilo, fuimos leyendo el relato del viaje que Luis Alonso Luengo hizo allí hace unos años. Naturalmente con Astorga, no sólo en el recuerdo, sino por norte. Que de Egipto salió para el suyo Marcos de Menfis, su periplo antes de Prisciliano. Por cierto, a propósito del repudio del arte faraónico a la concavidad, ahí fue la nitidez y la profundidad con que el cronista astorgano ilustró al guía egipcio de la explicación que su abuelo había oído a Gaudí, cuando en la ciudad episcopal trabajaba, de haber puesto la naturaleza el arco y la bóveda en las fuerzas equilibradas de la curva helicoidal del huevo.

Y de veras que mi viaje dio más y mejor fruto por la compañía fraterna y paternal de las páginas vivientes de mi entrañable predecesor en él. Porque Alonso Luengo sigue sabiendo viajar, un arte del que tan sólo supervivencias nos quedan, aunque parezca mentira y paradoja si tenemos en cuenta la estadística de los desplazamientos. De ello se dio un buen día cuenta cabal Antonio Pereira, al oírle gozoso pedir de buena mañana en la estación madrileña de autobuses:

-¡A Astorga! Por favor, dos billetes con buenas vistas.

Del discreto encanto de Luis escribió el cronista de Villafranca entonces. Y de veras que pintiparadamente. Pues al de Astorga ni siquiera se le advierte la bonhomía espontánea con que en su atmósfera mágica nos envuelve. Un cronista, pues, para una ciudad. Y episcopal. Pero en su magia siempre y ante todo.

Los títulos de los libros resultan más o menos afortunados, según su correspondencia con el contenido de los mismos, pero siempre tienen además un valor en sí, y esto es lo que yo quiero subrayar al fijarme en los de sendas novelas de Alonso Luengo. “La invisible prisión” y “La cigüeña en el palacio”. De entrada pido al lector que los medite. Y ya sin más he de hacerle la confianza de que, ante el palacio episcopal de Gaudí, siento cómo, aunque no hubiera sido más que para consumir sigilográficamente el maridaje de la sapiencia y la fantasía en el cronista mágico de Astorga, también cronista de su pueblo en sus novelas, tenía que haberse construido.

Oyendo a Luis disertar de la historia astorgana, uno recuerda el reproche de

Unamuno a algunos eruditos españoles de su tiempo, tener esterilizado su acopio de datos por la falta de un mínimo de calor imaginativo. Una lección del rector de Salamanca que no ha perdido su vigencia, al contrario, la ve intensificada en estos tiempos de la funcionalidad de los métodos y el monopolio de las estadísticas en los contenidos. Pero que, naturalmente, Alonso Luengo no tuvo necesidad de aprender.

Pues nada mejor que el realismo mágico para tipificar el balance de su vida y su obra, ambas inmoladas de consumo a su urbe y su tierra, la una y la otra en el seno de aquel, cual todas las letras y las artes en los fastos de su mejor liturgia pontifical. Desde esa su casa que yo vi transmutárase, mágicamente cuando por unos días agosteños gocé de su hospitalidad, a la vera de un dormitorio vigía con un escritorio aledaño tapizado de novelas cortas ilustradas de los veinte y sermones campanudos de los anteriores ochenta. Hecho de esa manera a sí mismo, sin habérselo propuesto, arquetipo de la magna universalidad de lo local.

Antonio LINAGE